

ZWEIG, Stefan: *La piedad peligrosa*. Debate: Madrid 1999. Traducción de Carlos Fortea.

No deja de llamar la atención que una novela escrita hace más de 60 años se haya vuelto a traducir y se encuentre entre las listas de novedades, pero de hecho, la obra del austriaco Stefan Zweig (1881-1942) aún puede considerarse de plena actualidad.

Tal vez se deba a que Zweig consigue captar toda la atención del lector gracias a una capacidad especial para profundizar y describir la psicología de los personajes, o tal vez porque nos resulta muy atractivo el retrato que nos ofrece de toda esa época y ese mundo que desaparecieron con la Primera Guerra Mundial: la riqueza de un imperio multicultural y multinacional, la fe en el progreso de la medicina moderna, los valores de una sociedad aún muy influida por la aristocracia y el mundo militar, etc... Tal vez se deba, sin embargo, a que su tema de fondo —el tema de la apariencia frente a lo auténtico y el enfrentamiento de los deseos y opiniones individuales frente a los juicios y prejuicios del colectivo al que pertenece y sin el cual no sería nada— sigue siendo tema central de la época y tal vez de todo nuestro siglo.

Cuanto más importante es guardar las apariencias en el cerrado mundo castrense de provincias donde cada movimiento está fuertemente condicionado por los principios de honor, hombría, dignidad del cuerpo, etc. y donde el protagonista, que por mera compasión inicia una amistad con la joven hija paralítica del adinerado noble del lugar estrechando más y más las relaciones con la familia, tanto más se debate entre la vergüenza de ser rechazado por sus compañeros, la culpa y la traición de sus verdaderos sentimientos.

La idea de que existen dos tipos de piedades: la que básicamente apunta a la propia autoafirmación frente a la que realmente supone un bien a otros aunque implique el sacrificio de uno mismo y el riesgo de ser rechazado y marginado por un determinado sector o incluso toda la sociedad lleva a replantearse también los conceptos de bien y mal. La piedad peligrosa —aquella que «es tan sólo apartar instintivamente el dolor ajeno del propio espíritu»— es, pues, esa apariencia de bien, ese acto de cometer buenas acciones para reafirmarse uno mismo y, en el fondo, nada más que una muestra de

la propia debilidad egoísta: «Esa noche fui Dios. Había creado el mundo, y visto que estaba lleno de bondad y justicia... Había calmado las aguas de la inquietud y expulsado la oscuridad de sus corazones» —se enorgullece el protagonista. El bien aparente, en cambio, acabará volviéndose contra él hasta conducir al desastre: «Yo ya no era Dios, sino tan sólo un hombre pequeño y mísero que dañaba infame con su debilidad, que perturbaba y destruía con su compasión.»

Resulta muy interesante el juego con los puntos de vista de Zweig, que desde una distancia suficiente —tanto dentro de la propia trama como en la realidad— establece ciertas conexiones entre pasado y presente: los acontecimientos, que el supuesto autor de la novela oyó contar al propio protagonista durante una noche en Viena transcurrieron durante el verano de 1914 hasta el día del fatal asesinato del heredero al trono de Austria-Hungría, es decir justo antes de la Primera Guerra Mundial. La novela está escrita en el 38, el año del *Anschluss* de Austria. Se trata de hechos pasados y casi olvidados, pero a veces irrumpe la narración en presente como si fuera el mismo lector quien estuviera viviendo sus mismas angustias y satisfacciones, sus mismos intentos de superar la debilidad y, habiendo mirado atrás, también compartiera su reflexión final sobre los grandes errores.

Al disfrute de tan excelente novela contribuye, sin duda, la excelente traducción de Carlos Fortea.

Isabel García Adánez